Considerando todo esto San Crisóstomo, dice estas palabras, de que muchas veces nos debemos acordar (8): «Ea, pues, ya que nos han hecho dignos de tan gran magnificencia de nuestro Criador, y autorizado con tan grande honra, y favorecido con tan notable benignidad, ruego de corazón que no avergoncemos a aquel Señor que nos ha llenado de tan grandes beneficios; no echemos mancha en su honor; y tan grande gracia que se nos ha dado tan liberalmente, no dejemos que se nos exija y la recibamos en vano. Mostremos en nuestro modo de proceder una vida de ángeles: demos a entender en nuestras obras que nuestra conversación es angélica y nuestro trato divino. Pido y ruégoos humildemente que todas estas prerrogativas no sean para más riguroso juicio y condenación mayor, sino que sea todo para gozar de los bienes eternos, que por la bondad del Señor hemos de merecer alcanzar.»

## CAPITULO 8

### EN CUÁN SUBLIME GRADO SE PARTICIPA POR LA GRACIA LA NATURALEZA DIVINA, Y CÓMO NINGÚN SER ES COMPARABLE CON ELLA

### § 1

Es tan prodigiosa y divina la excelencia de la gracia por *participar la naturaleza divina*, que pide nos detengamos en este punto más de lo ordinario y le ilustremos con lo que los doctores escolásticos dicen de él.

Todos convienen en que la gracia no es, comoquiera, participación de Dios, sino en grado excelentísimo y supremo, y en aquella excelencia más admirable, y que está en Dios, no virtual, sino formalmente; hablemos ahora así para los doctos, y declarémoslo para todos con este ejemplo.

---

(8) Homil., 1, in Epist. ad Ephes., in fine.

La naturaleza del sol se puede participar de varias maneras, porque el sol contiene unas cualidades virtualmente, otras posee formalmente. Virtualmente contiene varios influjos, y las virtudes minerales con que fragua en la tierra los metales y piedras, cuyas calidades no tiene el sol en sí, sino solamente en virtud, por cuanto es causa de tales efectos. Pero fuera de esto, tiene él otras calidades más nobles, de las cuales no es causa, pero él mismo se hermosea con ellas y se hace admirable al mundo, las cuales están en el sol en su verdadero ser y forma. Estas calidades son la luz, pureza, candidez, hermosura con que alegra toda la naturaleza, y él se hace vistoso y gracioso a todos. Pues así como hay en el sol estos dos géneros de excelencias o calidades, así hay dos modos de participarlas, uno en los metales y otros cuerpos ínfimos, que sólo participan las calidades virtuales; otro en las estrellas y otros meteoros celestes, que participan las calidades del sol no comoquiera, sino las que están en él con su misma forma, como la luz y pureza.

Pues a este modo, aunque hay en Dios *virtualmente* muchas excelencias de que puede ser participado, pues es causa de cuantas excelencias hay en las criaturas, pero tiene otras que están *formalmente* en el mismo Dios, que son excelentísimas y admirables y son propias de su infinito ser y naturaleza. Pues la excelencia de la gracia está en esto, que participa a Dios de este modo excelente y grado supremo, participando de su misma naturaleza en aquel atributo o atributos que están en Dios formalmente, y hacen a su infinito Ser admirable, único, perfectísimo, y sobre toda excelencia excelentísimo; lo cual declaran los doctores escolásticos (1) de varias maneras.

---

(1) Joan. Vincent, *Relet. de Gratia Christi*; Albelda, 1 p., disp. 26 ad n. 10, plur.

§ 2

Muchos dicen que consiste esta excelencia de la participación de la naturaleza divina que tiene la gracia en ser participación del ser de Dios, en cuanto *es por su misma esencia*, teniendo *ser de Sí mismo*: lo cual es principio y fuente de las perfecciones divinas e infinidad que en todas tiene. De manera que la gracia sea participación de aquella excelentísima perfección de Dios, de ser un ser perfectísimo, no participado ni dependiente de nadie, y que contiene en Sí la plenitud de todo ser; y por eso es el abismo y piélago de todas las perfecciones posibles, y posee en Sí toda perfección, cuanta pueda ser e imaginarse.

¿Quién no verá aquí cuán dignas son de desprecio cuantas cosas hay en el mundo, y cuán digna es de aprecio solamente la gracia y lo que a ella pertenece? ¡Cuánto va de ser a no ser! Todas las cosas, por preciosas que sean, comparadas con la gracia, no sólo son pequeñas, no sólo menguadas, no sólo viles, sino que *no son*. Y no hay cosa más indigna de aprecio sino lo que *no es*. La gracia sí que tiene un ser preciosísimo y divino, por participar excelentísimamente el de Dios.

No acaban los santos de engrandecer y admirar la respuesta que dió al Señor a Moisés, cuando preguntó: si quisiesen los hijos de Israel saber el nombre del Dios que le enviaba, ¿qué les diría?, y respondió el Señor (*Exod.*, 3): *Yo soy el que soy; y así, dirás a los hijos de Israel: El que es, me envió a vosotros.* ¡Notable embajada! *El que es, me envía*; pero no se pudiera declarar mejor quién es Dios que llamándose *el que es.*

Esta es la mayor grandeza que se puede decir: ser *el que es*. Porque Dios sólo *es* de Sí mismo, y siempre *fué*, y *es* y *será*. Él *es*, porque contiene con eminencia todo ser. Él *es* de quien todas las

cosas dependen. Él *es* eterno e inmudable. Él *es* ser perfectísimo e infinito.

Él *es*, en cuya comparación todo lo demás *no es*. Y así dijo San Bernardo (2): «Dios es lo que es: es su mismo ser y el ser de todas las demás cosas. Él mismo es para Sí y para todas las cosas, y por esto Él es por cierta manera solo.» Dios *es* solo, porque en su comparación lo demás *no es*: ni los elementos son, ni el cielo es, ni el hombre es, ni el ángel es, ni cuanto tiene ser y vida en la naturaleza es, ni toda la naturaleza junta es. Lo cual, como lo considerase David, dijo a Dios (*Ps.* 38): *Mi substancia toda es como la misma nada delante de Ti; y aun todo hombre viviente es la mayor vanidad del mundo.*

Aun los filósofos platónicos, llegando a entender algo de esto, dijeron que todas las cosas naturales no tenían verdadero ser, y que sólo Dios le tenía, y todas las demás cosas en Dios, no fuera de Él. Y la verdad es que, comparadas con el Ser divino, no se pueden reputar que son. El Profeta Isaías (40, 15), después de haber dicho que delante de Dios son todas las gentes *como una gotilla* que se trazuma de la herrada, y que *como un minuto del peso* son reputadas, y las islas anchísimas *como polvo pequeño*, pareciéndole que había dicho mucho, pues las comparaba a algún ser, aunque tan corto, como declarándose, repite: *Todas las gentes, como si no fuesen, así son delante de Él. Como la nada y como un vacío son reputadas para con Él.*

Pues si la gracia es participación de esta inexplicable e incomparable excelencia de Dios, en tener ser verdadero y eminente sobre todo ser, en cuya comparación lo demás *no es*, síguese de aquí que a ella sola debemos estimar, y a todo lo demás reputar como lo que *no es*. La honra *no es* respecto de ella; la hacienda *no es*, el gusto *no es*, la hermosura *no es*. No son todas estas

(2) Lib. 5, *De Consid.*

cosas bienes; y comparadas con la gracia, no se han de estimar en más de lo que *no es*. También la deshonra *no es*, la pobreza *no es*, el trabajo *no es*, la aflicción *no es*, el dolor *no es*: no son todas estas cosas males; y comparadas con la gracia, es ella tan gran bien, que todo otro mal temporal y de pena no se ha de contar por mal.

De suerte que por alcanzar la gracia, y conservarla y adelantarla, aunque fuera sólo en un punto, no se ha de reparar en otro bien ni mal; porque ella es tanto, que se ha de dejar por ella todo otro bien, de la misma manera como si fuera mal, y abrazar cualquier mal de trabajo y pena como si fuera bien: porque en lo temporal, ni bien ni mal hay que pueda compararse ni oponerse a tan grande bien eterno. Porque así como nada tiene ser comparado con Dios, y nada es de substancia delante de su naturaleza y ser infinito, así también no hay cosa que sea de más monta que la misma nada, respecto de la gracia, que es altísima participación del infinito ser de Dios, ni nosotros debemos estimar otro ser si no es el ser que ella nos da, como lo hacía San Pablo, que dice (1 *Cor.*, 15): *Con la gracia de Dios soy lo que soy.*

Advierten algunos teólogos (3) que por estas palabras del Apóstol se significa un ser muy esencial de la gracia, con alusión a lo que fué respondido a Moisés desde la zarza. Que así como Dios le dijo: *Yo soy el que soy*, significando en esto la excelencia e infinidad de la naturaleza divina, así también San Pablo, con la misma repetición y énfasis, dijo: *Soy lo que soy*, por razón del ser excelentísimo y participado de Dios que por la gracia recibía, haciendo caso solamente de aquel ser y estado divino que por ella había alcanzado. Eso sólo estimaba y pensaba que *era*, teniendo todo lo demás por nada. Fué San Pablo bien nacido, fué ciudadano romano,

---

(3) Joan. Vincent. et alii.

fué ingenioso, fué docto, y tenía otras partes excelentes de naturaleza y fortuna; pero todo lo estimaba por *no ser*, y sólo juzgaba *ser* lo que con la gracia era. Porque ni ser noble, ni ser ingenioso, ni ser bien dispuesto, ni ser sano, ni ser rico, es cosa alguna, respecto de ser santo y justo y conservar la gracia, en cuya comparación, ni ingenio, ni nobleza, ni riqueza, ni otro bien temporal son de substancia alguna. Con todos los bienes del mundo, es nada quien no tuviere la gracia y caridad, como lo dijo San Pablo claramente (1 *Cor.*, 13): *Nada soy si no tuviere caridad.*

Esto mismo se confirma con que, por la parte contraria, los pecadores dice la Escritura que *no son.* El profeta Abdías dice (v. 16): *Serán como que no sean.* Declarando esto San Jerónimo, da aquesta razón: «Porque quien perece, y muere a Aquel que *es*, y que dijo a Moisés: *El que es me envía a vosotros*, ése se dice que *no es*, según la regla de la Sagrada Escritura.» Y así, la Santa Ester (14, 11), hablando con Dios, le pide: *No entregues, Señor, tu cetro a los que no son*, esto es, a los malos. En otros lugares de la Sagrada Escritura se da a entender que los pecadores se aniquilan, y donde dice el profeta Oseas (7, 16): *Vuelto se han para vivir sin yugo*, esto es, sin ley ni obediencia de Dios, leen los Setenta: *Convertido se han en nada.*

Esta es la causa porque a la hora de la muerte dirá el Señor a las almas que no mueren en gracia: *No os conozco*, siendo así que el conocimiento divino alcanza a cuanto tiene ser. Con todo eso se dice que Dios *no sabe ni conoce* a los pecadores, porque aunque el conocimiento de Dios es de cuantos son y tienen ser, y sólo no sabe lo que *no es*, como la Sagrada Escritura dice de los que carecen de gracia, que *no son* y que *se han convertido en nada*, así también dice de los mismos que *no los sabe* Dios *ni los conoce*,

esto es, con conocimiento y ciencia de aprobación y agrado.

§ 3

Miren todos los que andan reventando por subir y lucir en la tierra y *ser más* cada día, si por esta causa cometen pecado grave, ¿qué ganancia sacarán, pues se destruyen y vienen a parar en nada, perdiendo lo más que pueden ser, que es el ser de gracia?

Dirán que esto es modo de decir y encarecimiento, porque un hombre que peca, hombre se queda como antes. Pero no dice la Sagrada Escritura encarecimiento que falte un punto a la verdad. Verdad es que se queda hombre quien peca, y que no pierde la naturaleza humana; pero pierde la participación de la naturaleza divina, en cuya comparación toda la naturaleza humana y angélica es *como si no fuese*. No ha de entrar en cuenta el ser natural con el ser divino, ni con la gracia la naturaleza.

¿A quién no espanta la tragedia del Santo Job, que siendo rey, y muy rico, en pocas horas perdió todo, no quedándole más que un pedazo de teja para limpiar la podre de su cuerpo? Por ventura, por esta teja que le quedó, ¿dejó de perderlo todo? No por cierto, porque en comparación de tan gran pérdida, no se puede comparar por algo aquel poco de lodo cocido. De la misma manera este poco de lodo disimulado de nuestra naturaleza no se ha de comparar ni entrar en cuenta con las riquezas de la gracia. Considérese ahora el pecador, y miré ¿qué le queda en pecando? Quédale un poco de lodo. Mire qué le falta y qué pierde; pierde un ser y estado divino. fáltale Dios, y con esto le falta todo lo que le puede faltar. Poco importa que se quede con la naturaleza, si no se queda con la gracia, porque aunque no quede deshecha y aniquilada su substancia natural, queda peor que si se aniquilase. Pues aunque el pecador, por razón de la naturaleza con que queda, no se pueda decir por esta causa que es nada absolutamente, con todo eso. por la falta de la gracia, habiendo pecado, queda peor que la nada, pues queda con la miseria del pecado. De un pecador dijo Cristo: *Mucho mejor le fuera a este hombre si no hubiera nacido.* ¿A quién no aterra esto?

Hagamos, pues, la debida estimación de este ser de la gracia, tan consistente y divino, y con una santa ambición y avaricia, no sólo lo procuremos conservar, sino adelantar y crecer en él. Porque si los mundanos, por *ser más y más* en el mundo, andan echando la lengua y reventando, con ser todo lo que desean no más que aire y vanidad, que no estriba su grandeza sino en imaginación y fantasía, ¿por qué en el ser verdadero y divino de la gracia no hemos de procurar crecer, costándonos menores diligencias? ¿Qué es lo que cuesta a un ambicioso un puesto alto, de donde presto se ha de despeñar? Desvelo de toda la vida, mil aflicciones del corazón, mil vilezas a que se abate, malas noches sin número, mucha hacienda, y a veces honra y salud, y, lo que peor es, pecados; y pasa por todo, siendo lo que desea incierto, solamente por esperar *ser* algún día *más*. Pero ¿qué es lo que cuesta a un siervo de Dios y alma santa, *ser más* en este ser verdadero de la gracia? No más que levantar el corazón a su Criador; no más que hacer las obras por amor de Dios. Con esto, no sólo sin trabajo, pero aun con dormir, con comer, con descansar, si se hace por Dios y como Dios quiere, adelanta este ser divino el que una vez lo tiene, y *es más* cada día, y sube a más cada hora. ¡Oh necios hombres, dejemos pretensiones mundanas, donde es mucho lo que cuestan y nada lo que se alcanza! Pretendamos sólo la gracia, pues es nada lo que cuesta y mucho lo que se consigue. ¿Qué es esto? ¡Que el cielo así se nos dé de balde, y no más que por un suspiro o un pensamiento, y que no haya quien lo quiera y codicie de veras!

## CAPITULO 9

### CÓMO ES LA GRACIA TODO SER Y UNA PLENIDUD DE PERFECCIÓN

§ 1

Este ser, que, como hemos dicho, da la gracia, es tan incomparable y sumo que, no contentándose la Sagrada Escritura con significarnos que

en ella consiste *el ser* verdadero, no acaba de engrandecerle de mil modos, significando su excelencia con metáforas y semejanzas de las cosas mayores que estiman los hombres, llamándola gloria y reino y vida eterna, para significar que con la gracia no sólo recibimos ser superior a todo y verdadero, sino gloriosísimo y lleno de perfecciones.

Así como Dios, no sólo *es por esencia,* sino que por eso mismo contiene en sí la plenitud de *todo ser* y todas las perfecciones posibles, así la gracia, por ser participación de la naturaleza divina, no solamente da *ser grande* por antonomasia, sino que es *todo ser*, y contiene también, participadamente, la plenitud y perfección y eminencia de todo ser y grandeza. Por eso se llama en las Letras sagradas *gloria*; conforme a lo cual dijo San Pablo (*Rom.*, 3): *Todos pecaron y tienen necesidad de la gloria de Dios,* esto es, de *la gracia*; donde claramente parece la llama *gloria* el Apóstol. Y en otro lugar parece que se declara más San Pablo cuando dice (*Efes.*, 1) que Dios nos adoptó por hijos *para alabanza de la gloria de su gracia.*

Este nombre de *gloria* es significativo de grandes excelencias. Y en el hebreo significa todo ser, por lo cual el Santo Job (19, 9) dice que *Dios le despojó de toda su gloria,* esto es, de todo su ser y todo cuanto tenía. San Pablo (*Hebr.*, 1) también llama al Hijo de Dios *Esplendor de la gloria del Padre,* esto es, de todo el ser del Padre y la plenitud de sus divinas perfecciones; y en un salmo se llama *Rey de gloria,* para significar que era Señor de todo y superior a todo otro ser.

Pues ¿qué mayor excelencia que ésta se podrá decir, que así como la naturaleza divina, por la plenitud de perfecciones y ser de *todo ser*, se llama *gloria,* así también se dé a la gracia el mismo nombre? Porque por la participación de aquel ser infinito es también ella en su modo *todo ser.*

Y la verdad es que vale más que todo ser de la naturaleza; y así, por exceder a todas las esencias de cosas criadas, tiene plenitud de todo su ser, y con sola la gracia se puede contentar quien por Cristo haya dejado todas las cosas del mundo, porque ella vale por todo y más que todo.

§ 2

Pero no se podrá hacer estima de esto si no se hace concepto de la infinidad y plenitud de perfecciones de la naturaleza divina que participa la gracia. Quien considerare qué es Dios, conocerá qué es la gracia.

Levante, pues, el alma santa su espíritu, y contemple quién es Aquel cuya participación alcanza; admire aquella infinidad sobre toda grandeza, cuyo ser es sobre toda esencia, cuyo poder excede sobre toda potencia, cuyo saber se levanta sobre toda sabiduría; admire aquella majestad inmensa que tantos rayos arrojó de Sí cuantas hermosuras y grandezas hay en el mundo; admire aquel sumo poder que todo este artificio y máquina de la naturaleza hizo con sólo querer, y le queda poder para hacer con igual facilidad millones de mundos, y cuando quisiere, resolverlos en nada. Y ahora, sin cansancio ni trabajo, sustenta de tres dedos la redondez de la tierra. Sin fuerza mueve los cuerpos celestes, siendo algunas estrellas *tantas* veces mayores que toda la tierra. Sin mudanza muda los tiempos, dispone las causas, ordena los elementos, produce los vientos, fragua las fuentes, engendra los metales, da ser a todo, movimiento a los planetas, vida a las plantas, sentido a los animales, razón a los hombres, inteligencia a los ángeles. Aquel Ser que es todo y nada de todo, porque es sobre todo y mejor que todo. Inmenso en Sí e infinito, inmutable, eterno, omnipotente, espiritualísimo, santísimo, sobreesencial, sobresubstancial, sobrenatural, so-

brebueno, sobresabio, sobrehermoso. Que hinche todo, llena todo, vivifica todo, sustenta todo, perfecciona todo, recrea todo, señorea todo. Por quien los serafines se abrasan de amor, a quien los querubines admiran, los tronos se humillan, las potestades se arrodillan, las dominaciones se encogen, las virtudes tiemblan, los principados se rinden, los arcángeles obedecen, los ángeles sirven y se estremecen las jerarquías. Aquel Ser, que es plenitud de todo ser y perfección, y vida, y bondad, y hermosura, y grandeza.

Pues no menos que este Ser participa la gracia, poniéndose quien la tiene en un orden soberano con Él. ¿Qué gloria y excelencia mayor de la criatura, que verse ilustrada con los mismos resplandores de su Criador, y verse vestida de los colores divinos, y de una misma tela, digámoslo así, con aquel Rey omnipotente de cielo y tierra? ¿Qué ser puede compararse con ser de este modo *todo ser*, con participar lo que es todo y la plenitud de toda perfección?

Esta misma excelencia declara la Escritura, conforme muchos doctores, llamando a la gracia *reino*. Y así dice por San Lucas (c. 11): *Os ha llegado el reino de Dios*; esto es, el tiempo de la gracia. En otra parte (c. 17): *Veis aquí que el reino de Dios está dentro de vosotros*. Y San Pablo, escribiendo a los Colosenses (c. 1) dice: *Que Dios nos sacó del poderío de las tinieblas, y transfirió al reino del Hijo de su amor*. Las cuales palabras entiende a la letra el Concilio Tridentino (1) de la justificación, por la cual somos transferidos del pecado a la gracia y estado de hijos de Dios. Y por San Mateo (c. 6) dijo el Señor: *Buscad primero al reino de Dios y su justicia*; esto es, a la santa gracia, viviendo justamente conforme a lo que ella inclina.

Llámase, pues, la gracia *reino*, y *reino de Dios*, por la misma razón porque se dice *gloria*; por la

(1) Sess. 6 de *Justif.*, cap. 3.

eminencia y plenitud de un ser total y perfectísimo que se comunica a quien la tiene, participando la naturaleza divina.

Lo cual también se significa harto vivamente con otro notable nombre que da la Escritura a la gracia, llamándola *semilla de Dios.* Porque así como la simiente es participación del fruto, y contiene en su virtud cuanto contiene el fruto y el árbol que lleva tal fruto, así la gracia es participación de Dios, y contiene, en el modo que cabe en una cosa criada, todo lo que tiene Dios; y como Dios es todo ser y la plenitud de perfecciones, así también lo participa la gracia. Y por eso se llama no sólo *reino,* sino *reino de Dios,* pues quien la tiene, levantándose sobre todo ser de la naturaleza, se coloca en un estado real y orden divino con el mismo Dios, reinando sobre todo lo natural y temporal, teniendo de esta manera un ser tan glorioso y lleno, que se puede decir *todo ser,* y, por lo menos, *sobre todo ser* que hay o es posible en la naturaleza.

Esto mismo se declara con el nombre de *vida eterna,* que también da la Escritura a la gracia. Así dijo San Pablo: *La gracia de Dios es vida eterna*; porque así como la falta de gracia se llama muerte, porque destruye a uno y deja sin ser, así la gracia, porque da de la manera dicha todo ser, y ser divino, se llama vida eterna.

## § 3

Vengan, pues, a razones todos los que beben el viento por alcanzar *honra* y estimación mundana; lleguen a cuentas todos los que traen cargado el corazón y andan arrastrados con codicia de *riquezas* de tierra; entren en juicio todos los que con hambre canina traen la boca abierta, apeteciendo *gustos* sensibles. Adviertan qué pasto es el de sus deseos tan hueco y fantástico, y conozcan su enfermedad mortal, porque se alimentan de lo que nada es, y tienen hastío de lo que todo es. Dejan la gracia, cuyo ser es tan entero y lle-

no, que es sobre todo ser que les puede dar el mundo; y apetecen el ser más menguado y falto que en él hay. Porque dejando aparte que todas las grandezas del mundo, comparadas con la gracia, no tienen ser ni consistencia, es tan grande el abuso y desordenamiento del corazón humano, que aquello más desea y por aquello más anhela, que menos ser y substancia tiene, no digo yo comparado con los bienes sobrenaturales, sino aun con los mismos naturales.

Echese a pensar el ingenio más agudo, y examine si se pudieran hallar cosas de menos consistencia y ser que la honra, el dinero y el deleite, que son los tres vientos que traen alborotado este mar del mundo y levantan tantas borrascas.

1. Díganme: ¿qué es *la honra* que pretenden, de qué color es y qué tomo o figura tiene? ¿Quién la ha visto y tocado con las manos? Ninguno, porque no tiene ser alguno. No consiste en ser, sino sólo en opinión. Obra es de la imaginación, y tan poco consistente, que todos y cualesquiera te la podrán quitar. De manera que no hay cosa de menos ser ni de menos consistencia. Ser no tiene, porque es sólo opinión. Consistencia tampoco, porque es de vidrio, que con cualquier toque se quiebra, y puédela tocar quien quisiere. No es así en los otros bienes del mundo, porque ni tu gusto ni tu hacienda te la podrá quitar siempre cualquiera; tu honra, sí. Pues este ser de la estimación que es de tan poco ser, es el que atruena al mundo, y el ídolo mayor de los deseos humanos. ¿Puede ser mayor locura, que revienten los ambiciosos por cosa tan vacía, y que por ella dejen el ser y gloria y plenitud y consistencia que por la gracia consiguieran? ¿Que busquen una cosa tan resbaladiza que cualquiera la puede quitar, aunque quien la tiene no quiera; y que dejen la que es tan fuerte y segura, y que todo el mundo no la podrá quitar con sólo que no quiera quien la tiene? Bien dijo el Santo Cardenal Belarmino, cuando, exhortándole algunos a que volviese por sí, en una ocasión que les parecía perdía de su reputación, les respondió: «Más vale una onza de gracia y caridad, que una libra de reputación.» Por cierto, más que arrobas y quintales de honra vale un adarme de gracia y caridad.

2. Poca más consistencia tienen *las riquezas*, que son el otro escollo donde han hecho naufragio innumerables almas con pérdidas infinitas de gracia.—Lo

primero, porque el valor del dinero consiste por la mayor parte en reputación. No su naturaleza, sino la reputación humana ha dado estima al oro y plata. Porque si miramos a la verdad y ser de las cosas, más perfecta, y así más estimable en sí, es la más vil sabandija del mundo que no el oro más aquilatado.—Después de esto, hecho moneda, se le añade nuevo valor, que no tiene sino pensado. De manera que lo que se estima en las riquezas no es lo que son, sino lo que se reputan, que viene a ser imaginación.—Demás de esto, ¿qué consistencia tienen, pues para haber de ser provechosas a su posesor, le han de dejar? Porque a nadie puede ser útil su dinero, si no es que le dé; porque el que está guardado en el arca no te traerá que comer ni que vestir a tu casa: haslo de dejar, si quieres de él algún provecho.

Coteje ahora el codicioso esta vil condición de las riquezas de la tierra con la excelencia de las del cielo. La gracia, sin ayuda de la opinión, es por sí misma estimable sobre todo ser, por su perfección y por la que da al que la tiene; ni hay opinión humana que la pueda dar más estima de lo que es y merece. Nunca deja a su posesor para serle provechosa; es de suyo eterna y consistente y suficiente. Porque mengua es de las riquezas haber de darse para ver de aprovechar; porque como ellas, con lo que son no pueden dar a su posesor lo que ha menester, deben trocarse por lo que ha de suplir su necesidad. Mas con la gracia, como es todo ser, no ha menester otra cosa quien la tiene; porque así como Dios es suficiente por Sí mismo sin tener necesidad de nada fuera de Sí, así quien tiene la gracia, que es participación de Dios, no tiene que echar menos otra cosa.

Abra, pues, la avaricia los ojos, y duélase de la injuria que se ha hecho a sí misma; caiga ya en la cuenta cómo ha errado el golpe en despreciar la gracia por el oro; porque dejando aparte la razón de bien sobrenatural, aun para la vida temporal, más se hallará en la gracia que en el oro. Muchas veces por el dinero no se halla todo lo que es menester, pero con la gracia todo se hallará. Por ella, y no por el oro, empeñó el Hijo de Dios su palabra cuando dijo: *Buscad primero el reino de Dios,* esto es, la gracia, *y todas las demás cosas se os darán por añadidura.*

3. Los *deleites* y gustos, que son otro peligroso golfo de la salvación eterna, son de bajísimo ser, pues

son comunes con las bestias, indignos no sólo de la vida divina del justo, sino de la racional del hombre. Y pues son muy inferiores a la razón, ¿cuánto lo serán a la gracia?

Demás de esto, en su misma esfera son cortísimos y menguados: nacen en los sentidos y en ellos mismos se sepultan; apenas se sienten cuando desaparecen; y este poco y vilísimo ser que tienen está mezclado de pena y dolor que le disminuyen. Porque ¿qué queda de gusto si a una onza de miel se echa una arroba de hiel? Cercan a un gusto muchos tormentos: congoja en conseguirle; enfermedades o dolores después de conseguido. Mucho más ser tienen las congojas y dolores que no los gustos, porque éstos no hacen más que halagar un poco al corazón con un deleite muy somero y superficial; mas las penas corren al fondo y se hunden en el alma. Cotéjese cuánto más vivos y fuertes son los dolores de la vida que sus gustos. ¿Qué grandeza de gusto hay que sea comparable con un fuerte mal de piedra, o ciática, o gota que acarreó el gusto de la gula?

¡Y que se ponga cosa tan vil y menguada a tener en el corazón cristiano competencia con la gracia, cuyo ser es tan fundado y seguro! No está la gracia en el sentido, sino en el alma; no tiene mezcla de mal que la disminuya; no es cosa común con los brutos, sino con los ángeles y participantes de Dios. De suyo es eterna, nunca dejará a quien no la dejare, bien diferentemente que los gustos del mundo, que, aunque no los quieras dejar, te dejan.

De lo dicho se verá el yerro tan desatinado de los hombres, que parece que aposta anduvieron a elegir las cosas de menos ser y monta para ponerlas por blanco de sus deseos, porque hablando aun en el ser más bajo de la naturaleza, la honra no es, las riquezas casi no son, los deleites son como si no fueran. ¡Y que estas vilezas y nonadas hagan punta en la estimación humana a la gracia, la cual *es*, y es *todo ser*, y sobre todo ser de la naturaleza! Bien nos encargó el Hijo de Dios que la buscásemos en primer lugar, y que en ella nos darían todas las cosas; porque todo lo que desean los mundanos, en ella se hallará con gran ventaja. Si deseas honras, ella es gloria; si riquezas, ella es reino; si gustos, ella es vida eterna, y a ella se debe bienaventuranza y contento perpetuo.

## CAPITULO 10

### LA GRACIA SUBLIMA AL ALMA EN UN SER ESPIRITUALÍSIMO, INTELECTUAL SOBRE TODA NATURALEZA, AL CUAL SE DEBE LA VISTA CLARA DE DIOS

§ 1

Vengamos ahora a lo que otros Doctores dicen para declarar esta participación de la naturaleza divina, la cual está en la gracia.

La más común sentencia y declaración de los teólogos (1) de estos tiempos—que pocos, si no es en las palabras, dejan de convenir—es que la gracia participa de la naturaleza divina en aquel grado supremo en que se constituye la esencia de Dios—que es un Ser intelectual, altísimo sobre toda otra inteligencia y espíritu—, al cual grado se debe connaturalmente la visión de Dios beatífica y bienaventuranza eterna. Y así, quien tiene la gracia es elevado a orden intelectual supremo y sobrenatural, sirviéndole la gracia de raíz y primer principio, al cual se debe o pertenece la bienaventuranza de la gloria y visión clara de Dios por toda la eternidad. De manera que así como a la naturaleza de las aves se debe el volar, y a los ciervos la ligereza, y al hombre raciocinar, así se debe o conviene a la gracia el ver y gozar de Dios.

Por esta causa pudo llamar San Pablo a la gracia o caridad *peso de gloria*, según la interpretación de San Diadoco; porque así como el peso de la piedra naturalmente pide ir a su centro, el cual le es debido, así a la gracia es debida naturalmente la gloria, y la pide por su naturaleza. Este apellido y renombre de *peso de glo-*

---

(1) Suár., lib. 7, *De Gratia*, cap. 1, n. 30; Curiel, 1, 2, quaestion 11, art. 3, dub. 1, § 20; Turia, opúsc. 3, dis. 2, dub. 9.

*ria* significa mucho la grandeza de la gracia; y así, aunque me divierta algo, lo declararé más. Considerando San Diadoco (c. 21) las palabras del Apóstol (2 *Cor.*, 4): *Aquello que de presente es momentáneo y leve de nuestra tribulación, obra en nosotros sobremanera con grande exceso un eterno peso de gloria*, lo declara, no del premio último de la bienaventuranza, sino de la caridad en esta vida, a la cual acompaña la gracia. Y parece que se colige esta interpretación de las palabras antecedentes del Apóstol, donde habla, no de la gloria de la otra vida, sino de la interior renovación que se hace en ésta por la gracia, aun mientras están los hombres más humillados y afligidos exteriormente: Y así dice: *Aunque este nuestro hombre exterior se corrompa, pero el que está en lo interior se renueva de día en día.* Pues esta *renovación interior* de cada día sólo es por la gracia y caridad, porque la de la gloria no es capaz de aumento de día en día; y así, en confirmación de cómo se puede hacer esta renovación, añadió San Pablo la causa, diciendo: *Porque aquello que de presente es momentáneo, obra en nosotros eterno peso de gloria*; esto es, porque se aumenta la caridad y gracia, que es peso de gloria, al paso que se padece por Jesucristo alguna cosa, por ligera y momentánea que sea. Y todo es *momentáneo*, cuanto se puede padecer, respecto de la grandeza de la gracia. La cual, verdaderamente por muchas razones se puede llamar *peso de la gloria*; porque la gloria se da al peso de ella; pues tanta gloria darán a uno cuanta gracia tuviere, y delante de Dios, no pesa ni vale uno más que cuanto tuviere de gracia. Por esto de aquel rey Baltasar, que carecía de ella, escribió la mano del ángel: *Pesado te han en el peso, y fuiste hallado que tenías menos.*

Además de esto, la gracia es tal *peso*, que es contrapeso de cuantas maldades hubiere hecho un hombre. Cosa maravillosa es que, aunque uno

tuviese cuantos pecados tendrá el Anticristo, y tuvo Mahoma, con un solo grado de gracia que alcanzase, pesaría más ella para abrirle la puerta del cielo, que todas las maldades del mundo para cerrársela. Dios nos pesa por sus beneficios, y sin gracia siempre nos hallará menguados por nuestros pecados, como halló al rey Baltasar. Pero en teniendo uno gracia, por poca que sea, ella sola contrapesa por cuantos pecados ha hecho.

Fuera de esto, da la gracia tal *peso* a nuestras obras, por ligeras y pequeñas que sean, que las hace que tengan tal valor, que se les deba una gloria eterna. Gran cosa es la gracia por sí, y gran cosa por la gloria que consigo trae. Por esto dijo San Juan (1 *Jn.*, 3): *Ahora somos hijos de Dios, y no se ha descubierto aún lo que seremos, porque tenemos muy entendido que, cuando se descubriere, le hemos de ser semejantes, porque le veremos como es en Sí.* Como si dijera: Por la gracia somos hijos de Dios, lo cual, aunque es una dignidad incomparable, no es todo el bien que la gracia puede causar, porque no se ha descubierto hasta ahora toda su fuerza; pero cuando se descubriere, y se le dé lo que a ella se debe en la otra vida, entonces seremos muy semejantes a Dios, porque le veremos y gozaremos como es en Sí, que para esto nos dispone la gracia, para ver claramente a Dios. Casi de esta manera expone San Agustín este lugar (2).

Consideremos, pues, qué excelencia será esta participación de la gracia, pues nos hace como de una sangre con Dios, y nos asienta con Él a la mesa, y que comamos en un mismo plato de la bienaventuranza. Por esta honra se puede colegir cuánto es ella en sí. Cosa a que se debe la misma felicidad y bienaventuranza de Dios, ¿cómo no será una dignidad como inmensa? Porque así como entre los hombres, si algunos son ad-

(2) Aug., epist. 111 et 112, et *De Civit.*, lib. 22, cap. 29.

mitidos a la mesa de un rey, no son sino los de su sangre o que tienen la segunda dignidad después del rey, así también tener la gracia, por la cual es uno admitido a una misma mesa con Dios, es la mayor grandeza que hay después de ser Dios. ¡Oh incomparable dignidad de la gracia, pues todo lo que no es ser Dios, es menor que ella, y ella es la segunda dignidad después de la divina! Tan gran cosa es la gracia, que, *comunicada*, es la dignidad más cercana a Dios; y si no fuese comunicada, sino *substancial*, sería el mismo Dios, como dicen graves teólogos (3). De manera que la gracia *recibida* hace un Dios participado, y Dios es gracia *substancial*.

Por este derecho, que por la gracia tiene el justo a la bienaventuranza, le llama con razón David (*Ps.* 1) bienaventurado, aun estando en esta vida, porque ya tiene el derecho de la bienaventuranza, lo cual es bastante para gozar desde luego del título y nombre, como se guarda en otras dignidades de la tierra. Cuán inestimable sea este título y derecho, lo declara San Ambrosio por estas palabras (4): «¿Qué renombre se puede dar mayor al hombre que aquel que aun al mismo Dios no se puede atribuir mayor, según el Apóstol, que le llama *bienaventurado, y solo poderoso, y Rey de reyes, y Señor de los que dominan?*» El ser rey, poco es para Dios; y así, no se dice solamente Rey, sino *Rey de reyes*; ser Señor, también es poco para Dios, y así no se dice Señor solamente, sino *Señor de señores*; ser poderoso, poco es para Dios, y así no se dice poderoso a secas, sino añádese *solo poderoso*; pero el ser bienaventurado, bastante es para Dios, y así se dice sin más añadidura *bienaventurado*. Con todo eso, este renombre tan admirable y unicamente cabal a Dios, se comunica también

(3) *Cursus Theolog. Carmel.*, 1 part., 2 divis., disp. 3, dub. 2, § 3.
(4) Ambr. in Psalm. 2.

al que tiene gracia, como cosa muy cercana y allegada a Dios, y ya de estado y orden divino.

Pues si es de tan gran estima este título y derecho, ¿por qué no lo estimamos? ¿Qué juicio tuviera uno que fuese alzado por rey de un gran imperio, el cual sin qué ni para qué renunciase su reino y se desnudase de su vestidura real, arrojando la corona de la cabeza y el cetro de las manos, y en lugar de estas insignias reales tomase un afrentoso sambenito, y todo lo demás del cuerpo desnudo y lleno de lodo y suciedad, se anduviese así por las calles donde todos le viesen? ¿Habría en tal persona migaja de seso o vergüenza? Júzguese ahora al pecador que se atreve a perder la gracia, perdiendo el derecho al reino de los cielos, desnudándose de su púrpura divina y todas las insignias de hijo de Dios y heredero de su reino, vistiéndose del ignominioso sambenito del pecado, desnudo de todo bien, lleno de toda abominación y suciedad; y esto, delante de Dios y de todos los ángeles, que se tapan los ojos por no ver tan abominable y desastrado espectáculo; no es este traje ni afrenta ni aun para imaginarse. Aventurar la inestimable dignidad de la gracia, aventurar a Dios, aventurar el ser de Dios, digámoslo así, cosa es de cuidado, negocio para atar muy bien el dedo y asegurarlo cuanto pudiéremos.

§ 2

En la pérdida de la gracia se han de considerar dos daños incomparables, uno de presente y otro de futuro.

El presente es perder la misma gracia, que por sí es digna de inestimable estima, pues sublima a la criatura a un estado purísimo, intelectualísimo, divino, participante de la naturaleza del mismo Dios, con tales calidades como las que hemos dicho, y nunca se podrán engrandecer ni aun declarar moderadamente.

Lo futuro que se pierde es la bienaventuranza a la cual tiene derecho la misma gracia; lo cual es tanto, que aunque no tuviera otra cosa, había

de hacer estremecernos y erizársenos los cabellos sólo imaginar ser posible su pérdida.

La grandeza de la bienaventuranza nos significó San Juan cuando dijo que *entonces*, esto es, cuando se posea, *seremos semejantes a Dios, porque le veremos como es en Sí*. Esta es una gran excelencia, si bien dos cosas pueden hacer dificultad en la razón. La primera, por qué dice que en la gloria hemos de ser semejantes a Dios, pues antes lo somos por la misma gracia, participando la naturaleza divina. Lo otro, ¿qué razón y consecuencia es que, por ver a Dios, hemos de ser sus semejantes? Porque no se hace el hombre semejante a lo que ve o considera, pues muchos monstruos y animales ve y otras cosas hermosas, y no es parecido a ellas. Y si se hace semejante por el entendimiento, también en esta vida lo será de ese modo, pues conoce a Dios, y por fe alcanza sus infinitas perfecciones.

Una y otra dificultad tendrá fácil salida con entender lo que es bienaventuranza, que es una total posesión de Dios, y usufructo, digámoslo así, de todos sus atributos divinos e infinitas perfecciones, por lo cual nos hacemos singularmente semejantes a Dios en cuanto gozaremos de las perfecciones y naturaleza suya incomparable, como el mismo Dios goza. Porque aunque no sean nuestras estas infinitas perfecciones, sino propias de Dios, con todo eso, el usufructo de ellas y su gozo tenémosle común con Dios, lo cual es un bien y grandeza inestimable, porque nos dan en esto ser dioses, y así llaman los santos y la Escritura a los bienaventurados, y a los que en esta vida están en gracia, por el derecho que tienen a la bienaventuranza.

Poco importa no tengas el dominio de una gran hacienda, si tienes seguro el usufructo: más interesado y útil es éste que no aquél. Y así, entre los derechos que tienen los hombres, más estiman el que es al usufructo perpetuo que no al dominio sólo. Pues ¿qué bien será tener la pose-

sión de la divinidad y derecho a su usufructo? Porque aunque no tienen los bienaventurados el dominio de la infinidad e inmensidad de Dios, tienen el fruto de ellas y el derecho a gozar los atributos divinos, en lo cual nos da Dios cuanto nos puede dar, fuera de ser Dios.

¡Oh estupendo fruto de la gracia, que es no menor que el usufructo del mismo Dios! No con menor afecto debemos desear la gracia que la bienaventuranza, pues es medio suyo, y raíz y derecho; porque es imposible alcance la bienaventuranza quien no alcanzare la gracia. Pues así como el deseo de la bienaventuranza es entrañable, vehemente, continuo y necesario, así el deseo de la gracia debe ser cordialísimo, eficacísimo y perpetuo y necesario.

San Agustín dijo del deseo de la bienaventuranza (5): «El ser bienaventurado es tan grande bien, que aquesto quieren los buenos y también los malos. Y no es de maravillar que por ello sean buenos los buenos; pero es de maravillar que por ello sean los malos también malos, por ser bienaventurados.» Y un filósofo dijo (6): «¿Qué es en lo que se yerra? Que como todos desean la vida bienaventurada, tienen en lugar suyo los medios; y así, mientras más la pretenden, más la huyen.» Porque el yerro está, según San Agustín y Séneca, en que los malos yerran el camino buscando la bienaventuranza, no por la gracia y virtud, sino por los medios que no la consiguen. Pero en topando la gracia, no pueden errar, que es su medio único y camino seguro; y así debe ser únicamente deseada, por esta excelencia que tiene.

Para que nos corramos de lo poco que estimamos cosas tan grandes como son la gracia y la bienaventuranza de la gloria eterna, a que nos da derecho la misma gracia, para que las deseemos mucho, y para que las procuremos a costa de nuestra sangre y vida, sin perdonar trabajo ni tormento, contaré aquí una historia que refieren autores graves, en la cual, aun por boca del mismo demonio, veremos cómo se deben apetecer y procurar bienes tan incomparables

Escribe Cesáreo (7) que preguntando a un demonio

---

(5) Epist. 118.
(6) Sénec., ep. 44.
(7) Lib. 5, cap. 10.

qué haría para tornar al estado de donde cayó, dijo estas palabras: «Si hubiera una columna de hierro encendido y hecho ascua, que llegara desde la tierra al cielo, y toda ella estuviese rodeada de navajas afiladas y puntas penetrantes y agudísimas, y yo tuviera cuerpo humano, no dudara de saltar a aquella columna y subir por ella, revolviéndome y trepando por aquellas navajas tajantes y fuego abrasador; y aunque me hiciera pedazos y cayera de allí muchas veces, siempre estuviera forcejando por subir, perseverando en este conato hasta el fin del mundo, con sólo que hubiera alguna esperanza de poder tornar al estado de donde caí.» Pues si sólo por alguna esperanza de tener la gracia, sin tener certidumbre de ello, hiciera el demonio tanto, peor será que el mismo demonio, quien por conservar la gracia que recibe en los Sacramentos no quiere padecer alguna cosa ni vencerse un poco.

## CAPITULO 11

### LA GRACIA ES PARTICIPACIÓN DE LA INFINITA SANTIDAD Y BONDAD DE DIOS

#### § 1

Otros doctores escolásticos (1) declaran esta excelencia de la gracia en participar la naturaleza divina, por cuanto participa la santidad y bondad de Dios, cuya naturaleza es tan substancial y esencialmente santa y buena, que la repugna todo pecado y acción mala; antes le es debida y necesaria la virtud, y hacer todas las obras bien y buenas. Y así la gracia, por ser participación de esta divina santidad y santa impecabilidad y sacrosanta bondad de Dios, hace también al hombre que la tiene santo y bueno, y es raíz de obras santas y buenas, y de ninguna mala. Esta declaración parece también del Angélico

(1) Joan. Martínez Ripald., *Tract. de Gratia,* disp. 2, sect. 2.

Doctor (2), cuando en la tercera parte dijo que la participación de la naturaleza divina era por la semejanza a la bondad de Dios. Y en otra parte enseña que la gracia excede a las demás naturalezas, porque es «participación de la bondad divina» (3).

Esta excelencia de la gracia, por ventura es la mayor que hasta ahora hemos dicho. Mucho es ser sobre toda naturaleza; mucho es ser el mayor de los milagros; mucho es participar el Ser divino, y ser todo ser y toda plenitud; mucho es comunicar en supremo grado un Ser purísimo e intelectualísimo; mucho es ser raíz, causa y derecho de la bienaventuranza; pero mucho más que todo es ser santidad, por participar la santidad y bondad infinita de Dios; porque tampoco en Dios hay cosa mayor que su santidad.

Hay en Dios sabiduría infinita, hay omnipotencia, hay inmensidad, hay inmutabilidad, hay suma simplicidad, hay independencia de toda causa, hay ser causa de causas, y otros atributos infinitos. Todas éstas son unas perfecciones admirables e infinitas; pero todas, sin la santidad, si se pudiera apartar de ellas, no fueran de tanta estima; y todas ellas, aunque tantas y tan grandes, se podrían trocar por sola su santidad. Pero porque en Dios no hay cosa que no sea todo lo que se puede imaginar de perfección, la santidad santifica, y está en todos los atributos divinos, y trasciende todas sus infinitas perfecciones. La misma naturaleza de Dios es santidad; la omnipotencia es santidad; la sabiduría es santidad; y todo lo que hay en Dios es santidad. Todo consagra la santidad, porque todo cuanto hay en Dios debe ser inestimable e incomparable; y si le faltara la santidad, faltara una incomparable excelencia. Porque así como entre *los dones* de Dios *participados*, el mayor es el de la

(2) 3 p., q. 3, art. 4, ad 3.
(3) 2, 2, q. 110, art. 2, ad 2.

santidad, por lo cual ni la sabiduría, ni el poderío, ni la grandeza humana se deben estimar respecto de la santidad y virtud, porque ella sola vale por todos los demás dotes naturales; así entre las grandezas y atributos de Dios que se pueden participar, el mayor es, si hay mayor entre infinitos, el de la santidad; por la cual está Dios muy especialmente sobre toda naturaleza.

Todo esto nos significa la Sagrada Escritura con dos notables visiones, una del profeta Isaías, otra del evangelista San Juan. Dice el profeta Isaías (c. 6), que *vió al Señor que estaba sentado sobre un trono de inmensa majestad, excelso y encumbrado,* y que *lo que estaba debajo de Dios llenaba todo el templo,* esto es, el cielo. Juntamente vió unos serafines, cada uno con seis alas, que con las dos cubrían la cara de Dios y con otras dos sus pies; mas con las dos que restaban volaban, y uno a otro se daban voces, diciendo a gritos y con gran admiración: *Santo, Santo, Santo.* No sabían salir de aquí estos sublimes serafines, porque de lo que más se maravillaban en Dios era su santidad; y por esto repetían *Santo, Santo, Santo.*

El evangelista San Juan (*Apoc.*, 4) especifica más la majestad con que Dios se apareció. Dice que el Señor que estaba sentado en el trono era semejante a la piedra del jaspe y sardo, y que el arco iris rodeaba todo el trono, el cual era semejante a la vista de una esmeralda. Estaban, demás de esto, alrededor del solio divino, veinticuatro sillas, en las cuales estaban otros tantos ancianos coronados como reyes y vestidos de púrpuras blancas. Salían demás de esto, del trono de Dios, relámpagos y truenos, entre los cuales se envolvían grandes voces. Había delante del trono divino, ardiendo, siete hermosas antorchas, que eran los siete espíritus de Dios. A vista del trono estaba un mar de vidrio, clarísimo como cristal. Dentro del solio divino, y alrededor de él, estaban cuatro espíritus de los más

sublimes, en forma de animales, y todos llenos de ojos por pecho y espaldas y por todo el cuerpo. Uno tenía la divisa y forma de león, otro de becerro, otro de hombre, otro de águila. Cada uno tenía seis alas, y estaban rodeados de ojos, así por de fuera como por de dentro. Los cuales no descansaban de día ni de noche de decir a voces: *Santo, Santo, Santo.*

¿A qué va a parar esta descripción tan por menudo del trono de Dios, y de estos espíritus celestiales, con tan admirables circunstancias, sino a darnos a entender cuán admirable sea en Dios su santidad, que dejándose otras grandes perfecciones de Dios e infinitos atributos, de sola la santidad es celebrado, cuando más manifiesta su gloria y perfección? Porque no son otra cosa todas las señales referidas del trono divino, sino unas cifras de las divinas perfecciones y atributos. Por la silla de Dios, tan entronizada y alta, se significa el sumo imperio y majestad que sobre todas las cosas tiene. Por la piedra, a la cual se parecía el que estaba sentado, su inmutabilidad; por el círculo del arco iris, su eternidad; por las veinticuatro sillas de los ancianos, su sabiduría; por las siete antorchas, su providencia; por los truenos y relámpagos, su omnipotencia; por el mar de vidrio, su inmensidad, con que está presente a todo; por el cubrir los serafines los pies y cabeza de Dios, la infinidad, como nota San Cirilo, porque no tiene principio ni fin. Pues a vista de tantas perfecciones, e infinitas todas, las cuales miraban aquellos santos serafines con tanta multitud de ojos, de que estaban llenos, lo que más se los arrebató todos fué la santidad, y callando las otras, ésta celebraban por todas, ésta admiraban, ésta entonaban y aclamaban sin cesar de día ni de noche, repitiendo *Santo, Santo, Santo,* como lo que había más que alabar en la naturaleza divina, callando los demás renombres y atributos, como no necesarios, donde se

celebraba la santidad con aquel divinísimo himno y repetición del renombre de *Santo.*

Por la misma causa el mismo Dios se gloría tantas veces de este nombre *del Santo de Israel,* porque es la mayor alabanza suya, y tal, que encierra las demás.

David, habiendo de engrandecer la generación eterna en que el Padre comunicó al Hijo toda su substancia con todas sus perfecciones y atributos, no hace más mención que de la santidad, introduciendo al Padre Eterno que dice a su Hijo: *Con resplandores de santos te engendré de mis entrañas antes del lucero.* Otra letra, según el hebreo, dice: *En resplandores de santidades,* porque éste es el más glorioso renombre de los divinos, y que trasciende todos los atributos de Dios.

§ 2

Considera, pues, cuánta sea la grandeza de la gracia, pues es participación de la mayor grandeza de Dios, que es su santidad, la cual es la corona de su cabeza, y la gloria que no ha dado a naturaleza alguna que la participe quedándose en su estado.

Podrá esto echarse más de ver, en que de otras perfecciones y atributos divinos participan las naturalezas por sus mismas esencias. Porque el ser, participan los cielos y elementos; el vivir, las plantas; el conocer, los animales; el entender, los hombres y ángeles; el poder, los fuertes; la sabiduría, los doctos; la eternidad, lo consistente; la infinidad, lo grande; la simplicidad, lo puro. Todos estos atributos divinos se hallan participados de las cosas naturales, quedándose naturales y por razón de su esencia: sólo la santidad, no hay cosa natural, ni la puede haber, que, según su naturaleza, quedándose en la esfera natural, la participe. La gracia so-

lamente tiene este privilegio que, trascendiendo todo ser y perfección natural, participa de Dios esta tan grande y tan propia, tan única excelencia suya.

Esto mismo parece quiso dar a entender el Hijo de Dios, cuando dijo que *ninguno era bueno sino solo Dios;* porque tener la bondad y santidad por su misma naturaleza, a solo Dios compete. Las demás criaturas, aunque entren los más altos serafines, no son santos por su naturaleza; son vivientes, son intelectuales, son invisibles, son espirituales por su naturaleza, pero buenos y santos, no. Sólo Dios es bueno por naturaleza; los demás, por gracia. Y así, no sin razón se dice que eran los serafines los que estaban admirando la santidad divina, clamando tres veces *Santo,* como cosa que excedía su capacidad; porque los serafines son las más altas y perfectas naturalezas del mundo. Pues con ser así que estos serafines eran las primeras y más sublimes esencias de todas las criadas, se encogían, se estremecían—como dice San Basilio—de tomar el nombre de *Santo* en la boca, y de considerar que Dios únicamente lo es por su naturaleza, la cual gloria ellos no sabían comprender, pero querían estimar con debido amor; lo cual significa el taparse con las dos alas el rostro, y con las dos del pecho y corazón volar.

Miren ahora qué concepto hacen de la santidad y de la gracia los pecadores, pues los entendimientos de los ángeles, ilustrados con luz sobrenatural, no hallaron aun en el mismo Dios cosa de más estima que la santidad. ¿Y que haya hombres que aun en la tierra estimen más otras cosas que ser santos? ¡Oh ciegos y dementados hijos de Adán, que os atrevéis a hacer juicio tan contrario a la verdad y a vuestro provecho! A la gracia sola, a la santidad sola debéis estimar sobre todo lo estimable. La gracia es preciosa sobre todo lo precioso, y provechosa sobre todo provecho. ¿Qué injuria es ésta que os hacéis a vosotros y al mismo Dios, en no estimar la participación de lo que es en él más estimable?

La pena que estos tales merecen no se puede decir, aunque Cristo nuestro Redentor, en la parábola de los talentos, que significan las gracias que Dios reparte a los hombres, nos declaró algo. Porque si aquel que no perdió el talento, sino que le guardó muy guardado, sólo por no aprovecharle mereció se le quitasen y ser rigurosamente castigado, afrentándole con palabras injuriosas delante de todos, y después preso y aherrojado y echado en los abismos, a donde hay perpetuo llanto, eternas tinieblas y sempiterno crujir de dientes; si le perdiera, ¿qué pena le dieran? No hay tormentos bastantes para uno que se atreve a perder la gracia. Mire, pues, quien recibe esta joya y riquísimo talento, cómo usa de él, no sea perdiéndole. Cosa tan preciosa quiere quien la da, que la apreciemos mucho; cosa tan provechosa, quiere que nos aprovechemos de ella. No basta no perder la gracia, no basta sólo guardarla, sino lograrla y adelantarla mucho. *El que es santo*—dice el Señor—, *aún se santifique más*. Y los talentos, más y más quería, quien los repartió, que se aumentasen.

Tales ansias hemos de tener de gracia, como nos representaron el profeta Isaías y San Juan en los serafines que aclamaban la santidad de Dios: el corazón se les iba tras ella, ardiendo en fervorosos deseos. Por eso volaban con las alas del corazón, y le refrigeraban de su encendido afecto. No ha de haber desmayo ni flojedad en estimar, defender y procurar cosa tan preciosa. El alma se nos ha de ir tras la santidad, y los ojos y todos nuestros miembros la han de desear. *Los quicios del templo se conmovieron* a las aclamaciones de la santidad de Dios y voces de los serafines. Hagan también impresión en nosotros y movámonos a su imitación, para que, inflamados con una caridad y fervor de serafines, nos acerquemos más y más a Dios, y perfeccionemos nuestro espíritu. «En aquellas sublimes potestades—dice San Cirilo (4)—no hay frialdad alguna, como estén muy cerca de Dios; nosotros, de la misma manera, por la fe y buena vida, conforme a la ley de Dios unidos a Él, nos perfeccionamos ardiendo con fervor de espíritu y abrasados de caridad.»

---

(4) San Cirilo, *In Isai.*, lib. 1.

## CAPITULO 12

### LA GRACIA SIRVE A LOS QUE LA TIENEN DE NATURALEZA

§ 1

Todas estas declaraciones de los Doctores, que hasta aquí hemos juntado, con que procuran explicar qué cosa sea en la gracia *el participar la naturaleza divina,* se pueden conformar entre sí sin mucha dificultad. Porque por ser la gracia participación del Ser increado de Dios, que no participa de algún otro superior ser, es ella un ser eminentísimo sobre todo ser natural; no porque la gracia tenga en sí algún ser independiente y que no sea participado, sino porque ella participa a tal Ser, el cual es en Sí la plenitud y perfección de todo ser; y así la gracia por participarle, viene a tener eminencia y plenitud sobre todo ser natural, en cuanto vale más que toda la naturaleza junta. Por esta causa, porque el Ser de Dios, como más excelente de todos, ha de ser de una naturaleza espiritualísima, intelectual en supremo grado, y juntamente bienaventurada; por eso la gracia que le participa tan excelentemente, es y ha de dar un ser semejante, espiritualísimo e intelectualísimo, al cual se deba la bienaventuranza. Y porque el Ser divino, espiritualísimo, intelectualísimo, y por su misma esencia bienaventurado, debe ser y es sumamente santo, infinitamente bueno, por eso la gracia que le participa es santidad verdadera.

Añado ahora otra cosa en que todos los teólogos concuerdan, que este ser de la gracia tan admirable, perfecto, intelectualísimo, raíz de la bienaventuranza, santo y divino, no sólo es participación de la divina naturaleza, sino que sirve al justo que le tiene de naturaleza; y según al-

gunos hablan (1), es la primera y radical forma que da al hombre ser sobrenatural como substancialmente; esto es, que así como el alma es la primera y radical forma que da al hombre ser natural, y es la forma substancial, a que siguen las propiedades y accidentes de hombre, así a la gracia como a primera forma sobrenatural, a manera de substancia, la siguen muchas propiedades y accidentes sobrenaturales, que perfeccionan el ser sobrenatural que por la gracia recibimos. De manera que la gracia es como una celestial y divina naturaleza, que se comunica al hombre para obrar divinamente. Porque así como la naturaleza da ser a las cosas, y las constituye en algún grado, y es raíz y principio de las pasiones, propiedades y acciones, así la gracia da al que la tiene un ser divino, y le constituye en grado divino, y es principio y raíz de propiedades y virtudes divinas, obras sobrenaturales y meritorias de la vida eterna, que sin la gracia no las pudiéramos obrar tales.

Y así dijo San Macario (2): «La naturaleza humana si quedare en sí desnuda y no recibiere mezcla y comunicación de una naturaleza celestial, no hace cosa digna de alabanza, sino quédase en sí desnuda y culpada en su naturaleza y muchas vilezas.» Esto declara el mismo santo, llamando a la naturaleza divina sal y levadura, que, mezclada con la carne y masa del hombre, le comunica su naturaleza y propiedades, como la sal y levadura comunican las suyas y dan sazón con lo que se mezclan, y guardan no se corrompa y desabra. Y así concluye: «Si no es que la sal de la divinidad, santa y buena, y la levadura celestial del Espíritu Santo, se mezclare y fuere infundida en la naturaleza de los hombres humillados, no dejará el alma la antigua hediondez de la malicia.»

(1) V. Albelda, 1 p., disp. 26, n. 11.
(2) Homil. 32.

San Basilio (3) usa del ejemplo del arte, llamando así a la gracia. Porque de la manera que el arte, en quien le sabe, hace obras a que no alcanza la naturaleza, y que a otro que no le tiene son imposibles, así la gracia habilita para obras de vida eterna, imposibles a quien no la tiene (4).

Pero todos estos ejemplos no lo declaran tan propiamente como el que usa el Apóstol con la semejanza de un injerto. Porque un árbol que no lleva fruto sazonado, como el acebuche, si le injieren en una oliva, deja de obrar según su naturaleza imperfecta, y obra según la de la oliva, llevando tan buenos y sazonados frutos como la oliva; no por virtud propia, sino de la oliva, cuya naturaleza se le comunica. Así también por la gracia nos injerimos en Dios, y los que no podíamos llevar obras de vida eterna por nuestra naturaleza, ya las llevamos, no por virtud nuestra, sino de Dios, cuya naturaleza hemos participado mucho más noblemente que el acebuche injerto participa la naturaleza de la oliva.

¿Qué bien mayor que aqueste, que a un hombre de una naturaleza inclinada al mal, corrompida en todos sus afectos, y muerta por haber nacido en pecado, sin virtud para hacer obra buena, se le conceda vida y virtud para obras buenas y divinas, soldándose las quiebras de la naturaleza humana con la participación de la naturaleza divina, la cual alienta, vivifica y mueve a operaciones divinas, haciendo al hombre de terrestre celestial? Por lo cual llamó San Macario a la gracia *naturaleza celeste;* porque hace en el hombre de tierra, lo que hiciera si fuera superior al cielo. Por lo mismo también llamó el Apóstol al que estaba en gracia *nueva criatura,* por el ser nuevo y nueva naturaleza que con la

---

(3) De Spiritu Sancto.
(4) Apud Cassiod., lib. 1, var. 45.

gracia recibe. Y en otra parte le llama *hombre celestial*, a diferencia de lo que somos por nuestra naturaleza de tierra y lodo.

§ 2

Aunque quedan todos los ejemplos inferiores, no deja de declararnos algo del bien que alcanza un alma con la naturaleza celestial que por la gracia participa, aquesta representación que de ella nos propuso el Evangelista San Juan (*Apoc.*, 12, 1) en la mujer que estaba en el cielo, toda *vestida del sol* y embebida de su claridad, *coronada* de hermosísimas *estrellas, pisando la luna con sus plantas*. La cual parió tal hijo, que fué llevado luego al trono divino. Esta es una figura de lo que pasa espiritualmente en el alma con la *nueva criatura* o naturaleza de la gracia: que la que era terrestre, que no se levantaba del suelo, se sublima al cielo; la que estaba en tinieblas y en la sombra de la muerte, está penetrada de luz y claridad, toda rodeada de Dios; la que no estimaba ni pensaba en otras cosas sino de la tierra, ya no tiene por corona si no es las cosas del cielo, ni piensa en otras cosas ni las estima; la que antes andaba arrastrada, ya está puesta en pie sobre la luna, menospreciando todo lo que con el tiempo perece; la que antes era estéril para la vida eterna, ya produce frutos y obras de bienaventuranza.

Mire en este espejo el siervo de Dios, o el pecador que va a confesarse, el estado que por la gracia recibe. No se ha de considerar quien la tiene ya como hombre de la tierra, sino como ángel del cielo. Muy en alto está, porque si bien no se inmuta en el cuerpo ni se levanta de entre los demás hombres, inmútase su espíritu, y se levanta en el alma más que si a su cuerpo pusieran entre las estrellas del firmamento: y así, muy lejos se ha de mirar de la tierra y de inclinaciones de tierra y pasiones del hombre. Gustos

comunes con las bestias, ya no han de hablar con quien tiene tan estrecha participación de Dios. De leyes del mundo se ha de desobligar a quien las del cielo obligan. Toda gloria humana ha de desvanecerse en quien tiene más majestad en el alma que si su cuerpo fuera más claro que el sol. Grandezas de la tierra muy pequeñas y despreciables son para quien pisa la luna. Este es el misterio del alma que está en gracia, que ha de despreciar todo lo mudable y transitorio, esto es, cuanto se estima y hay debajo de la luna; de pasiones de hombres se ha de avergonzar quien recibe condiciones de Dios. Mire, pues, quien va a confesarse, si va con ánimo de trocar naturaleza, recibiendo por la humana otra divina, por la terrestre otra celestial. Verdaderamente es para llorar el poco caso que se hace de esta mejoría de estado que por la gracia se recibe, quedándose uno con las mismas pasiones, con iguales gustos, y con otras tantas ocasiones impidiendo la operación e influjo de la gracia. Vergüenza es, o, por mejor decir, desvergüenza, con cuán poca mortificación y oración queda uno después de confesado, conservando las mismas inclinaciones.

El bien particular que hay en que la gracia sea en los justos como nueva naturaleza, no es uno, sino muchos; porque fuera de darles ser y estado divino, lo cual significa aquella mujer del Apocalipsis *levantada al cielo y vestida del sol*, vienen con la gracia todas las demás virtudes infusas y sobrenaturales que no estaban en el alma, las cuales son significadas en las *doce estrellas que la servían de corona*. Porque así como la naturaleza de cada cosa trae consigo sus propiedades y pasiones, así la gracia trae consigo las virtudes sobrenaturales como propiedades suyas.

Demás de esto, hace fecunda al alma de buenas obras, agradables a Dios y merecedoras de vida eterna, cuya figura es *el parto de aquella mujer, el cual en naciendo fué llevado al trono de Dios*, como cosa que le era agradable y gustosa.

Fuera de esto hace la gracia, que le sean proporcionados los auxilios divinos con que se conserva y aumenta; lo cual significan los ángeles

que pelearon por aquella mujer, y el sustento y pasto que recibió en la soledad. Esto es cosa muy considerable, porque antes de la gracia, considerada solamente la naturaleza humana, no son debidos ni proporcionados al hombre, según aquel estado, los auxilios divinos sobrenaturales; y si se considera con el pecado, es indigno de todo auxilio y ayuda de Dios. El bien de la gracia, por ser como una segunda naturaleza, es hacer proporcionados a su estado todos los auxilios, por más sobrenaturales y divinos que sean; y si uno no lo estorba con pecados, previene Dios al alma con ellos largamente, y es cosa muy de estimar.

## CAPITULO 13

### EN QUÉ MODO ES LA GRACIA INFINITA, POR SER PARTICIPACIÓN DE LA NATURALEZA DIVINA

### § 1

Es también muy digna de considerar otra gran excelencia y particularidad que tiene la gracia, por ser participación de la naturaleza divina, que es carecer de término y fin. Porque así como la naturaleza divina es infinita, así ella, por ser tan notable participación de cosa infinita, no tiene fin ni medida limitada de su aumento; por lo cual dijo San Juan Crisóstomo (1): «La gracia de Dios no tiene fin, siempre pasa a más.»

Es esto un singular privilegio de esta nobilísima calidad. Porque todas las naturalezas de cosas criadas, fuera de Dios, tienen limitado término, del cual no pueden subir. El hombre tiene determinado punto de su grandeza, de la cual no puede exceder; el ángel tiene también señalado límite de su esfera, del cual no puede extenderse; pero la gracia no tiene estas estrechu-

(1) Homil. 9, *Ad Roman.*

ras, no tiene de suyo término, no conoce lindes; porque como es, con modo altísimo, participación de lo infinito, no tiene término finito; más y más puede crecer y aumentarse, sin exceder lo que a su naturaleza conviene, como lo prueba Santo Tomás (2) hablando de la caridad, de la cual y de la gracia es la misma razón, y aún mayor la de la gracia, si realmente son diversos los dos hábitos de gracia y caridad.

La razón que trae el Santo es, porque no hay cosa por donde se pueda limitar y estrechar la caridad y gracia, señalando algún grado fijo de donde no puedan pasar, como se hace en otras naturalezas. Porque esta limitación había de venir, o por falta de virtud en la causa eficiente que produce la gracia, o por la limitación de la misma forma, o por la incapacidad del sujeto que la recibe. Pues por ningún principio de éstos se puede limitar la gracia para que no pueda ser más y más siempre. No por falta de la *causa*, porque su causa eficiente es sólo Dios inmediatamente, que tiene virtud infinita, e infunde la gracia sin concurso de otra causa criada y limitada, a cuya limitación se haya de acomodar Por parte de *la forma* de la misma gracia y caridad, tampoco se puede estrechar su grandeza y aumento; porque como dice Santo Tomás, «es participación de la infinita caridad y santidad de Dios»; y así, según la razón de su propia esencia y especie, no tiene término de su aumento. Tampoco por parte *del sujeto* que la recibe se puede limitar, porque aunque el sujeto en sí sea limitado, no se mide la gracia con la medida natural de él, porque es de otro orden divino y sobrenatural, de tal condición, que al paso que crece en el hombre la gracia y caridad, a ese paso, dice el Angélico Doctor, «sobrecrece en él la capacidad para recibir más aumento de gracia». Y con esto puede ir creciendo infinitamente en

(2) 2, 2, q. 24, art. 7.

gracia y caridad, supuesto que un grado recibido es disposición para recibir otro.

Considerando esto un Doctor (3), dice: «La gracia es tal, que no parece hecha en número, medida ni peso, como las demás cosas, porque ¿cómo tendrá número, medida y peso la que tiene cierta infinidad? Lo infinito verdaderamente, ni se encierra en algún número, ni se comprende con medida, ni se puede con peso distribuir ni agotar. Pues la gracia tiene alguna infinidad; porque si dijo el Angélico Doctor de la *lumbre de gloria* que era en cierta manera infinito, porque levanta a la criatura para que vea a Dios como es en Sí claramente, ¿por qué no afirmaremos con más razón que la gracia, dentro de sus límites, es infinita?» La cual sublima el alma sobre todo ser natural a un grado divino, y es más perfecta en sí que la *lumbre de gloria.*

Pues con estas condiciones tan notables de la gracia, ¿es posible que haya quien vuelva los ojos al mundo? ¿Quien no le escupa al rostro, y pise todos sus bienes tan menguados, afrentado que con ellos se haya atrevido a engañarnos y vendérnoslos por bienes legítimos? ¿Qué hechizos son, que deseen los hombres infinitamente lo que no es sino limitado y poco, y que los bienes de la gracia, que son sin término ni fin, se deseen tan apocadamente? ¡Oh, cuán a cierra ojos deseamos, pues así yerran el golpe nuestros deseos! Que no son para tan poca cosa como lo temporal estas ansias perpetuas con que andan los hijos de Adán. Deseos sin límite, para cosas que no le tienen son, no para lo que te da el mundo.

Porque así como la gracia por ninguna parte tiene término, así los bienes temporales por todas partes son limitados y estrechos.

Si miras al mundo que te los da, tiene mancos los brazos, que aun lo que quiere dar no puede siempre. ¿Cuántas veces te habrán querido conceder alguna cosa de estima, y no pudo tener efecto, estorbando a quien te la pudo dar y tuvo buena voluntad, mil impedimentos que se opusieron, o la intercesión podero-

(3) Lobetius, lib. 2, *De Peccato,* prop. 2, § 3.

sa que intervino por otro, o el morirse quien te era afecto, u otra circunstancia con que se imposibilitó tu pretensión? Y si alguna vez te dieron algo, no te lo pueden dar siempre; porque para un plato que tenga el mundo que repartir, habrá mil hambrientos e infinitos golosos que no dejan te repartan dos veces.

Si miras a los bienes, son en sí de bajísima naturaleza, muy limitados y faltos, no tienen parte ninguna en el cielo, todos son de tierra, y así todo es poca cosa, pues toda la tierra lo es. ¿Qué pueden ser los que son parte de un punto, y no es más que esto la tierra respecto de este cielo material, que también es nada delante de Dios?

Por parte del sujeto también son limitados, pues por mucho que te den, no puedes gozar si no es lo que puede un hombre. ¿Cuántas veces el glotón ha querido comer más y no ha podido? ¿Cuántas veces no han cabido los gustos en quien más los deseaba? Por muchas riquezas que tenga el rico, no puede vestir, ni comer, ni holgarse por muchos hombres. No hay tesoros en el mundo que engrandezcan al cuerpo humano, para que gaste más tela en su vestido ni más platos en su vientre. Las riquezas no pueden más que sobrar: no hacen de mayor estatura a su poseedor; no son capaces los hombres para bienes de la tierra; no pueden los ricos gastar en sí todo lo que tienen, y así cargan de criados que les ayuden, y entren a la parte para satisfacer a su fortuna.

Coteja ahor bienes con bienes y deseos con deseos. De los bienes de la gracia puedes tener y gozar sin término ni fin; de los bienes del mundo no, sino muy corta y menguadamente: pues ¿de qué sirve reventar por éstos y gastar en su vana pretensión mil deseos sin que dejes nada para los bienes verdaderos? ¡Oh necios! No son dignos los gustos, ni las honras, ni los haberes del mundo de pensar en ellos; ¿cómo se aman tanto? No son dignos por su naturaleza de ser estimados; ¿cómo hacen punta a la gracia, pues por ellos la desestiman los hombres?

§ 2

Allégase a esto, que fuera de la cortedad que en su cantidad y calidad tienen los bienes temporales, son también en duración muy menguados y cortos, que al

mejor punto faltan, y por lo menos con la muerte mueren y se acaban; bien diferentemente la gracia, que de suyo es infinita en duración, y perpetua así en vida como en muerte: que aun después que faltare del mundo quien la tiene, ella no le faltará. Por lo cual dijo San Juan Crisóstomo (4): «La gracia de Dios no tiene fin, siempre se adelanta a cosas mayores; lo cual no acontece así entre los hombres; porque si ha alcanzado alguien una magistratura, no queda en él perpetuamente, pues finalmente le deponen de ella; porque si el poder humano no quitare aquel oficio honroso, por lo menos la muerte que ha de venir le arrebatará. No son de esta manera los bienes que Dios concede, de los cuales no hay cosa que pueda desposeer a quien los tiene, ni hombre nacido, ni el tiempo, ni la fuerza de las adversidades, ni el demonio, finalmente, ni la muerte cuando acometa; antes después de muertos los poseeremos con más firmeza; y mientras más adelante pasáremos con ellos, más en ellos y mayores los gozaremos.» Esto es de San Crisóstomo.

Pues ¿por qué se matan los hombres por lo que les ha de faltar aunque no quieran, y no cuidan de lo que no les faltará, aunque se mueran?

No merece lo que es por tantas maneras limitado, como lo temporal, los deseos infinitos de nuestro corazón; a la gracia se los debemos, a la gracia deseemos, que es infinita en duración y en su aumento sin fin. En este espacioso campo puede dilatarse nuestro corazón; aquí puede soltar la rienda a sus deseos para que discurran sin peligro, no estrechándose ni limitándose a poco, sino *extendiéndose a más,* a imitación de San Pablo (*Filip.*, 3), que con haber recibido tanta gracia de Dios, juzgaba que no había recibido nada respecto de lo que le faltaba, y que no era perfecto, y así iba corriendo para alcanzar más y más. Por lo cual dice San Agustín (5): «Por mucho que hayamos vivido en esta vida, por mucho que hayamos aprovechado, no diga alguno: Bástame esto, ya soy justo. El que tal dijere, éste se ha quedado en medio del camino, y no ha sabido llegar. Dondequiera que dijere basta, allí quedó atollado.»

Más y más puede ser la gracia, y así más y más

---

(4) Homil. 9, *De Roman.*
(5) In Psalm. 69.

la hemos de desear y procurar. Nadie se pare, sino corra tras bien tan grande, como lo hacía el Apóstol. «Él corre, dice San Agustín, ¡y tú te estás mano sobre mano! Él dice que aún no es perfecto, ¡y tú te glorías de la perfección! *Confundidos sean los que te dicen: ¡Ea, que bueno está, bueno está!* Y tú seas confundido entre ellos, porque también te dices: ¡Bueno está, bueno está!» ¿Cómo puede estar bueno, si lo que tienes es poco, y lo que debes tener es mucho, y lo que puedes alcanzar infinito? No para Dios de enriquecernos con su gracia hasta que nosotros no paramos. Por lo cual añade San Agustín: «Acuérdate de la mujer de Loth, que en el mismo camino, ya libre de Sodoma, miró atrás, y al mismo instante que volvió los ojos se quedó allí hecha estatua de sal, para que te sazonara a ti, porque para ejemplo tuyo se te dió, para que tengas corazón, y no te quedes hecho un bausán en el camino. Atiende a la que se paró, y tú pasa adelante; atiende a la que volvió los ojos, y tú alarga el paso, y *extiéndete a lo que te falta* por andar adelante, como lo hacía San Pablo.

Verdaderamente, el Apóstol nos dió singular ejemplo de afanarse por la gracia. Porque con haber sido su justificación milagrosa, y él enriquecido en ella de colmadísima gracia; con haber sido arrebatado al tercer cielo y recibido allí singulares favores; con haber padecido tantos trabajos, tribulaciones y penitencias, de todo se olvidaba, poniendo los ojos en sólo lo que le quedaba (*Fil.*, 3). Ni hacía caso de sus virtudes ni de sus trabajos pasados, sino como si no tuviera gracia alguna ni virtud; y como si no hubiera padecido cosa alguna, ponía los ojos en la inmensidad de gracia que podía alcanzar, alentándose a todo trabajo, empezando como de refresco su carrera. Y así dice que en una cosa sola entendía, que era: *olvidándose de todo lo pasado, extender su ánimo y corazón a lo que le faltaba;* porque aunque tenía mucha abundancia de gracia, la que tenía era limitada, la que le faltaba no tenía término.

Por lo menos deseemos la gracia como deseamos en un tiempo nuestra perdición. Justísima petición es la del Apóstol, que dice (*Rom.*, 6): *Cosa muy humana y hacedera os digo, por la flaqueza de vuestra carne: que así como entregasteis vuestros miembros a que sirviesen a la inmundicia para la maldad,* esto es, de

una maldad en otra, *así también ahora los entreguéis a que sirvan a la justicia para la santificación*, esto es, para que os santifiquéis cada día mas. No puede ser petición más puesta en razón ni más blanda; por cierto, que es lo menos que se pudo pedir. «Y con razón, dice Orígenes, con estas palabras avergüenza el Apóstol a los que le oyen, para que por lo menos hagan a la justicia aquel servicio que antes hicieron a la maldad.»

Por lo menos, si no con obras, igualémoslas en los deseos: que no menos deseemos la gracia y santidad, que antes deseábamos el pecado y nuestra perdición; que no menos desee el cristiano a Dios, que el avariento al dinero.

Avergüéncenos lo que de la avaricia dice San Isidoro el griego (6): «El horrendo amor del dinero, como sea así que no nos le haya dado naturaleza, sino que venga de fuera como peregrino, nunca se envejece; por afrenta tiene verse harto; no sabe que es alegría; no sufre topar con fin; antes cada día está más vigoroso, más fuerte y valiente, y procura ser más vehemente; no sólo traba guerra con los otros afectos, sino que va también contra sí mismo, y forcejea con sumo estudio el superarse.» Hasta aquí San Isidoro, en que nos pinta las ansias con que hemos de desear las riquezas de la gracia, que pues no tienen fin, para ellas son deseos tan sin fin, tan constantes, insaciables, vehementes, fogorosos y que convierten en sí todos los afectos del corazón, arrancando la afición de cualquier otra cosa.

No son tales deseos para los bienes apocados y perecederos de la tierra; demos a la gracia lo que es de la gracia, y al mundo y sus bienes lo que es del mundo; a la gracia, gran deseo y estima; al mundo, desprecio y aborrecimiento. Con esto, cortando todo afecto de bien temporal, crecerá el de los bienes eternos. «De la manera, dice San Cesáreo (7), que en tu parra cortas los sarmientos y pámpanos superfluos, y dejas dos o tres buenos y legítimos, de la misma manera debes arrancar de tu ánima todos los deseos que miran estas cosas exteriores y sensibles que malditamente las apetecen, podándolos con el cuchillo del Espíritu Santo y la cruz, reservando uno solo donde

(6) Lib. 3, epist. 107.
(7) Homil. 19.

**sólo se vea que ha de brotar la justicia.» Cortémonos todo afecto superfluo de carne y sangre, de honras, de comodidades, de gustos, dejando sólo el deseo de la gracia y santidad, para que las fuerzas de todos los afectos juntos se amontonen en éste sólo; y así, con todas fuerzas deseemos y procuremos esté inestimable bien.**

## CAPITULO 14

### QUE SÓLO POR LA GRACIA NOS APROVECHAN LAS COMUNICACIONES DIVINAS DE LA ENCARNACIÓN Y EUCARISTÍA

§ 1

Para conocer más cuán grande cosa es esta participación de la naturaleza divina que por la gracia conseguimos, y la obligación que por ella tenemos a servir a nuestro Dios y Criador, que tan altamente participamos, la compararemos ahora con otras dos excelentísimas participaciones de Dios que notan los santos. Una es por razón de la Encarnación, cuando el Verbo Eterno se hizo hombre. Otra, por la comunicación del cuerpo y sangre del Hijo de Dios en el Santísimo Sacramento. Lo que por uno y otro misterios debemos, engrandecen los Padres de la Iglesia, publicando las obligaciones que por ellos tenemos. Y así, propondremos en este capítulo algunas, para que veamos cuánto debemos por la participación que en la gracia conseguimos, por ser tan íntima, y sin la cual las otras dos no nos fueran de provecho, y por ella debemos todo lo que por las otras dos estamos obligados, pues por la gracia se obraron.

¿Qué gloria mayor del género humano, que ser de su linaje Dios? ¿Que sea el Criador de cielo y tierra hombre y no ángel? ¿Que habiendo de tomar alguna naturaleza de las criadas el Verbo Eterno del Padre, *resplandor de su gloria y figu-*

*ra de su substancia*, pasando por alto los nueve coros de aquellos espíritus sublimes y purísimos, parase en la naturaleza humana, la más inferior y abatida de todas? Espantadas quedarían las potestades y virtudes del cielo. viendo en un punto la naturaleza que era inferior a la suya, levantada al trono divino, adorada de ellos mismos y de todas las criaturas. Esta honra fué la mayor que pudo Dios hacer a naturaleza alguna; por lo cual debemos los hijos de Adán honrarnos sobre toda honra y gloria, de lo cual ni los más altos serafines, sino los hombres participamos.

¡Oh honra sobre toda honra! Nuestro es Dios, hombre es Dios, no querubín ni serafín, antes ya el hombre pisa sobre los querubines. ¡Oh honra sobre toda honra! ¡Que podamos decir: Dios es hombre y el hombre es Dios! ¡Oh honra sobre toda honra! Dios es de nuestra familia, Dios es nuestro hermano; ¡y que no puedan decir esto los ángeles! No es Dios querubín, y es hombre; no es serafín, mas es hombre; no es trono, no es dominación, no es arcángel, pero es hombre. ¡Oh espíritus celestiales! Con vuestra caridad es imposible la envidia; pero si la pudierais tener, ¿de qué otra cosa se os rompiera el corazón, sino que no podíais decir: *Angel es Dios*, como puedo decir yo: *Hombre es Dios*, y un hermano mío está sentado a la diestra del Padre, uno de mi carne y sangre es adorado como Dios verdadero de los mismos serafines? ¡Qué dicha la nuestra! ¡Que sea Dios hombre y que seamos hombres, pues Dios es uno de nosotros! Está contento con tu naturaleza, pues tiene esta gloria de ser de ella Dios. Consuélate con lo que dice San Agustín (1): «Hijo mío, Dios se ha dignado de ser lo que tú eres, y no se hizo ángel, aunque es el Angel del gran Consejo; te ensalzó sobre los ángeles, y tú juzgarás a los mismos ángeles.» Esté, pues, contento el

(1) Lib. 1, *De Visit. infirm.*, cap. 6.

hombre con ser hombre, pues lo quiso ser su Dios.

No equivalen las miserias humanas, la vida breve, la necesidad extrema, la muerte presta, las enfermedades agudas, los dolores intensos, los trabajos continuos a que está expuesta nuestra naturaleza, con este bien de ser de ella el Criador: si fueras ángel, te faltara la muerte, la enfermedad, el dolor, pero faltárate el ser hermano de Dios.

¡Oh hombres! Agravio os hacéis a vosotros y al mismo Dios si buscáis otra honra más de la que tenéis; no hay cosa más que ser Dios, y así no hay mayor honra para el hombre que ser el hombre Dios. Maldita sea la ambición, maldita la soberbia, maldito el pensamiento que fuere de otra honra mundana, sino de ésta.

¡Oh hombres tan ennoblecidos y honrados de Jesucristo! No afrentemos al mismo Cristo, honrándonos de otra cosa. Y si estimamos esta honra, vivamos según ella es; no afrentemos a Cristo con la bajeza de nuestros pensamientos, con la vileza de nuestras obras. Entre los hombres es afrenta tener en su linaje un ladrón; ¿por qué quieres tú afrentar a tu Redentor? Y pues eres de su carne y sangre, no seas ladrón de su gloria.

No afrentemos a Cristo, teniendo con cabeza tan santa manos malditas. No afrentemos a Cristo viviendo como demonios, habiéndonos Él honrado más que a los ángeles. Bien dijo Galfrido: «Después que Dios tomó ser hombre, es cosa muy digna y puesta en razón que el hombre sepa a Dios; que todas sus obras, sus palabras, sus pensamientos, tengan siempre algo de temor y amor divino.» No afrentemos a Cristo viviendo contrarios a Cristo. No se diga de uno, de cuya naturaleza es Dios, que vive como las bestias, guiado de pasión, no de razón. No se diga de uno del linaje de Cristo, que por ser malo él, es esclavo del demonio. No se diga ya de hombre lo que no es digno de un ángel; antes, pues, somos más honrados que los ángeles, hemos de ser mejores que ellos: a esto estamos obligados por esta altísima participación de Dios y honra que recibió toda nuestra naturaleza, de la

cual es uno, y la cabeza de todos, no otra cosa menos que Dios.

Oigamos de San Juan Crisóstomo todo lo que por esto debemos (2): «Reverenciemos esta nuestra cabeza; pensemos atentamente cúyos somos, y de cuán respetable cabeza somos cuerpo, a cuyo imperio toda criatura está sujeta. Verdaderamente que es muy justo que nos esmeremos en mostrarnos mejores que los ángeles, ¿qué digo mejores?, sino mucho más excelentes que los mismos arcángeles, como los que hemos alcanzado sobre ellos la primacía de tan grande honra; porque *no tomó Dios la naturaleza angélica,* como dijo San Pablo escribendo a los Hebreos, *sino el linaje de Abraham.* No a un principado, no a una potestad, no a una dominación; finalmente, no a otra virtud ni naturaleza angélica, sino nuestra naturaleza tomó y reparó, y la hizo asentar en su solio sublime: ¿qué digo hizo asentar? Aquella preciosa púrpura de su carne, no sólo la adornó comoquiera, sino que a sus pies puso todas las cosas.»

Luego añade: «Ruego, pues, que reverenciemos este legítimo parentesco y cercanía que nuestra carne ha contraído con Cristo. Temamos no sea alguno de nosotros cortado de su cuerpo; no caiga alguno, ni se vea alguien indigno de tan grande cabeza. Si alguno de nosotros se pusiera diadema en la suya y una preciosísima corona de oro, ¿qué no hiciéramos para parecer dignos de aquellas piedras preciosas, aunque muertas y sin alma? Pues ahora que no nos han puesto en la cabeza diadema alguna, sino lo que es más excelente, Cristo es hecho nuestra cabeza, ¿por qué no hacemos caso de ella? Los ángeles la reverencian con toda honra, los arcángeles y todos los poderíos del cielo; y nosotros, siendo cuerpo de esta cabeza, ¿por qué, ni por esta gracia, ni por otra cosa la reverenciamos? ¿Qué esperanza nos queda de alcanzar nuestra salvación? Acuérdate de aquel solio Real; trae a la memoria aquella excelentísima gracia de la honra que te han hecho; porque sólo este pensamiento nos puede aterrar más que si nos pusieran el infierno delante de los ojos

»Piensa dentro de ti, junto a quién está aquesta tu cabeza, y esto sólo bastará suficientísimamente para estimularte a toda obra de piedad y virtud, pues

(2) Homil. 5. in epist. ad Ephes., in Moral.

tu cabeza está la más cercana cosa a Dios, al lado derecho del Padre, asentada y entronizada sobre todos los principados y potestades y virtudes. ¿Y que es posible que el cuerpo de tal cabeza sea acoceado y pisado de los demonios? No se haga tal cosa, no sea de aquí adelante tal el cuerpo de Cristo. Si alguno echara grillos a su rey en los pies, ¿por ventura este tal no fuera condenado como traidor a pena capital y rigurosísima? Y tú todo el cuerpo le arrojas a las fieras de los demonios para que le traguen, ¿y no te causa horror la exorbitancia de este delito?» Todo esto es de San Juan Crisóstomo, en que nos declara el caso que hemos de hacer del haberse Dios unido a nuestra naturaleza, para que así participase todo el linaje humano de la honra de su divinidad.

§ 2

Añadamos ahora otra segunda participación de su propio cuerpo y sangre que se nos comunica en la Eucaristía, la cual nos es más inmediata participación que la primera; porque por la Encarnación sólo una naturaleza singular del género humano fué unida al Hijo de Dios, pero por el Sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo, cada singular de la naturaleza humana se incorpora con el mismo Cristo, que es otra honra incomparable. Por la Encarnación, Dios se hizo nuestra carne; por la Eucaristía, cada hombre particular se hace carne de Dios; porque por la participación de su cuerpo y sangre se hace, quien comulga, cuerpo y sangre de Jesucristo. Qué honra sea ésta, considérelo el más ambicioso, y más sobre la pasada; no hay pensamiento que lo pueda estimar.

¡Que esté Dios en nuestro pecho! ¿Qué nobleza y generosidad debemos tener? ¡Qué viva la sangre de Cristo en nuestras venas! ¿Qué términos y respetos del cielo no debemos usar? Si poder adorar a Dios en nuestra naturaleza es la mayor honra que tuvieron los ángeles, ¿qué será juntarle con nuestro individuo y a nuestro propio

cuerpo, haciéndonos una misma carne y cuerpo con el de Cristo? ¿Cuánto debemos por esto?

Oigámoslo también de San Juan Crisóstomo (l. c.): «Si eres cuerpo de Cristo, lleva la cruz, pues Él también la llevó. Sufre execraciones y maltratamiento asqueroso. Sufre bofetadas, sufre clavos. De esta manera fué tratado aquel tu cuerpo que no admitió pecado, y no fué hallado en su boca engaño. Sus manos no dejaron de hacer cosa con que pudiesen ayudar la pobreza ajena. De aquella su boca jamás salió cosa menos decente. Oyó decir aquella contumelia: *Endemoniado estás*; y no respondió palabra mala, quedando en Sí muy manso. Pues todos cuantos participamos de este Cuerpo, y cuantos gustamos su sangre, traigamos a la memoria que este Cuerpo es de Aquel que reside sobre los cielos, que es adorado humildemente de los ángeles, que asiste inmediatamente a la inmortal omnipotencia de Dios. Con la sangre de tal Persona bañamos nuestros labios. ¡Ay de mí, y con cuántas vidas nos ha prevenido para salvarnos y guiarnos a la vida eterna! Hízonos su mismo cuerpo, y también nos dió su mismo Cuerpo para que le comiésemos, ¡y que nada de esto nos aterre y aparte de nuestra malicia y nos arredre de los vicios! ¡Oh, gruesas tinieblas de ceguedad! ¡Oh, abismo profundo de insensibilidad! ¡Oh, estupendo embaucamiento del entendimiento humano!

El Apóstol dice (*Colos.*, 3): «*Sabed las cosas de arriba, adonde Cristo está sentado a la diestra de Dios*. Pues después de tales extremos y muestras de benignidad del Criador para con nosotros, no sé cómo andan algunos tan congojados procurando riquezas u otro bien temporal, consumiéndose tan miserablemente y carcomiéndose de sus mismos afectos. ¿No echáis de ver cómo en nuestro cuerpo cualquier parte superflua, y que no es de provecho, se suele cortar, porque poco aprovecha haya sido parte de nuestro cuerpo, cuando está ya manca o muerta o podrida, o que al restante del cuerpo corrompe y daña? No confiemos en que fuimos del Cuerpo de Cristo, porque si este cuerpo natural, cuando sucede lo dicho, se corta, ¿qué no se padecerá de rigor en las cosas que pertenecen a la voluntad libre, cuando no se persevera en el propósito una vez hecho? Cuando el cuerpo no puede comer, entonces muere, y esto mismo pasa con

nosotros cuando cerramos los oídos al Espíritu Santo: entonces perecemos, cuando no queremos recibir algún sustento espiritual; entonces muchos males, como humores corrompidos, nos oprimen y corrompen.» Con estas veras declara San Juan Crisóstomo lo que debemos por estas participaciones divinas, honrándonos mucho de ser un cuerpo con Cristo obrando santísimamente, sufriendo pacientísimamente, viviendo más que angélicamente, temiendo si no hacemos así, ser cortados como miembros inútiles y podridos.

Pues si a todo esto estamos obligados por hacernos Cristo un cuerpo consigo, ¿qué deberemos también por hacernos un espíritu y un alma? Si por tomar nuestra naturaleza una vez sola y singular, tanto le debemos, por hacernos también partícipes de su naturaleza divina y a todos los que quisieren, ¿qué no deberemos? Mucho debemos por el misterio de la Encarnación, mucho por la comunión de su cuerpo y sangre; pero si por aquél no nos mereciera la gracia, y si por éste no nos la aplicara, poco nos aprovechara todo. Después de Cristo encarnado por ti, te puedes condenar; después de haber tocado su misma carne y sangre, podías perecer, si no tuvieras su gracia; y sólo si retuvieres la gracia, estarás seguro. Mira si es pequeño este beneficio. Por la Encarnación inmediatamente no venimos a participar más de Dios, que en cuanto uno de los hombres es Dios. Esto está muy lejos de ti; pero la gracia está dentro de ti, y por ella, no tu vecino ni tu hermano, sino tú mismo participas la naturaleza divina. Gran cosa es Dios hecho hombre como tú; gran cosa es Dios hecho comida para ti; pero fué para darte su gracia, y así por la gracia le debes todo: mira cuánto debes estimar esta íntima participación de la divinidad, pues por ella quiso Dios participar tu humanidad cuando encarnó; y ya hecha suya, te la dió a participar en su Sacramento. Debes, pues, a Dios en la gracia su Encarnación, y debes sus Sacramentos.

§ 3

¡Desdichado el que muriere sin gracia, que no le aprovechará Dios encarnado ni Cristo Sacramentado! Defiende, pues, la gracia, a costa de mil vidas, de mil tormentos, de todos tus haberes y honra. Lo más saludable que se te da en los Sacramentos es la gracia, y con ella el espíritu de Cristo renaciendo a vida divina, o sustentándola y aumentándola. ¿Qué pensamientos tan divinos debemos tener? ¿Qué espíritu de Dios, qué obras tan santas, qué lejos del ser antiguo, y de obras de los hijos de Adán y gustos humanos?

Escuchemos lo que San León nos advierte por estas palabras (3): «Como estuviésemos muertos en pecados, nos vivificó Dios en Cristo, para que fuésemos en él nueva criatura y nueva fábrica. Dejemos, pues, el hombre viejo con todas sus obras, y ya que hemos alcanzado la participación de la generación de Cristo, demos divorcio eterno a todas las obras de la carne. Conoce, ¡oh cristiano!, tu dignidad, y hecho ya participante de la naturaleza divina, no quieras volver a tu antigua vileza, degenerando en la conversación de tu vida; acuérdate de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro; haz memoria que, librado del poder de las tinieblas, fuiste transferido a la luz de Dios y su reino.» Todo esto dice San León por la gracia, la cual es luz y reino de Dios, por la cual somos reengendrados en Cristo a nueva vida y hechos un cuerpo con Él; por la cual participamos la naturaleza divina, sublimándonos sobre toda la naturaleza criada, por la cual somos hechos íntimamente semejantes a Dios y viva imagen suya.

Esto debe engendrar en los siervos de Dios esta santa nobleza y magnanimidad para despreciar todos los bienes del mundo y vencer todas las tentaciones del demonio con la memoria de lo que por la gracia tenemos. Y así dice San Gregorio Nacianceno (4): «Si el demonio te hiciere guerra con algún deseo o con la avaricia, representándote en un momento y poniéndote delante de los ojos todos los reinos del mundo como cosa suya, y pidiéndote que le adores, despréciale como a un pobre, y di confiado en la se-

---

(3) Serm. *De Nativ.*
(4) Orat. in Sanct. Bap.

ñal sagrada: Yo soy imagen de Dios, y no he sido precipitado del cielo por la soberbia como tú. Vestido estoy de Cristo, en Cristo me he transformado; ¡tú eres el que me has de adorar!» Esta santa generosidad deben tener los que están en gracia, mirándose a sí como divinos, y todos los bienes del mundo como una paja o estiércol. No estimen perderlo todo, sólo teman perder la gracia, y con ella a Jesucristo nuestro Redentor, como lo hacían aquellos santos de los cuales habla San Gregorio Niseno (5): «Un solo temor tenían, no fuesen apartados de Cristo; sólo juzgaban por único bien estar con Cristo sólo; todas las demás cosas les parecían risa, sombra, burlería, fantasmas de los que sueñan.» No es más todo comparado con la gracia.

## CAPITULO 15

### LA GRACIA ES LA MAYOR DIGNIDAD DE LAS CRIATURAS, MÁS EXCELENTE QUE LA MATERNIDAD DIVINA

§ 1

Comparemos también esta participación de la naturaleza divina que nos trae la gracia, con las cosas más cercanas a Dios y de mayor excelencia que ha habido en cielo y tierra, para que veamos cómo se adelanta a todas la gracia, y que sin ella es de poca estimación cualquier prerrogativa que se halle en pura criatura, aunque sea la dignidad de la misma Madre de Dios.

Grande dignidad fué la de Moisés y David, gobernadores y príncipes del pueblo de Dios; grande la de Samuel y Elías en consagrar reyes y profetas; grande la de San Juan Bautista de ser precursor del Hijo de Dios, y como si fuera su padre espiritual, bautizarle en el Jordán; pero toda es poco respecto de la gracia, y más que todo es la gracia.

(5) Orat. de Quadraginta Mart.